

## ... Y el Barbadiel se diluye en el Órbigo

Por ROGELIO BLANCO MARTÍNEZ

Septiembre. 1963. Un destartado autobús, cansino y ruidoso. Carretera de tierra y piedras con grandes baches. De La Cepeda Alta a La Ribera. Un río que oculta su agua entre los cantos, el Barbadiel, que sólo en invierno y primavera lagrimea sobre el Órbigo, río vivaz y altanero. Los alisos y las zarzas ocultan el permanente estiaje del primero, las esbeltas choperas disimulan el abundante caudal del otro.

Las tapias de las aldeas cepedanas quisieran espejarse sobre el Barbadiel. Las vegas del Órbigo desafían contumaces, verano tras verano a su río. Mas en ambas vegas crecen las aspiraciones de los padres para con sus hijos. Y en La Bañeza, concretamente en el Seminario-Colegio San José, las depositan y confían.

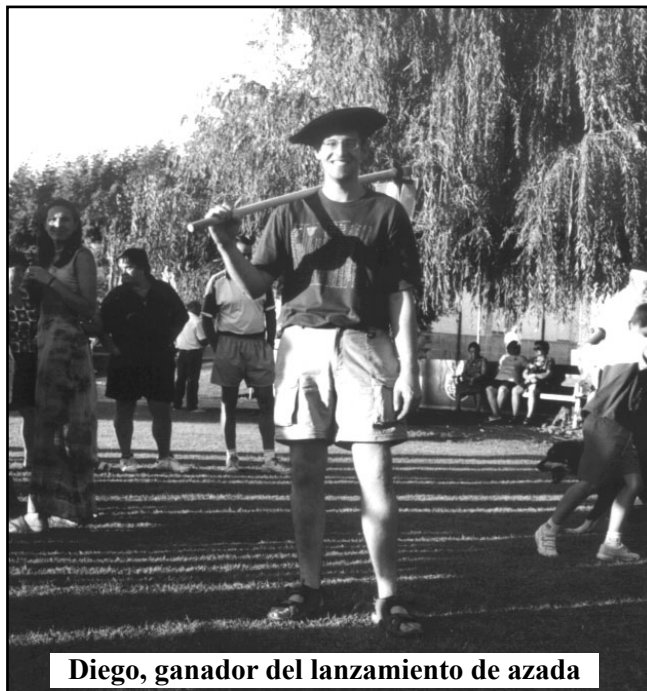
Jóvenes gallegos, zamoranos, bercianos, parameses, cepedanos y ribeños acompañando al Órbigo o escuchando el eco del río Tuerto, se concitaban por idénticos sueños paternos. Ciertamente de sus padres oyeron similares consejos: “Estudia... y pórtate bien. Ya ves, hijo, en el pueblo no hay porvenir”. Y mi padre añadía: “...y si no quieres esto, de pastor”. El laconismo leonés más alguna ejemplificación constituía suficiente mensaje para el joven aspirante a una vida mejor.

Una vez que el autobús dejaba el valle del Barbadiel, pronto aparecía el pueblo de Benavides. Recuerdo que me impresionó el tamaño de sus edificios, los veía enormes; una y otra vez contaba las plantas y... el número de ventanas y... los balcones y... los caños de la fuente. Ya en Hospital, cambiábamos de autobús. Allí nos recogía otro que también venía atropando estudiantes por la vega del Órbigo con destino al Seminario-Colegio San José. De este modo nos reuníamos los de La Cepeda Alta y los de La Ribera.

A lo largo del recorrido por la fértil ribera del Órbigo me impactó la cantidad de pueblos y la proximidad entre ellos, del mismo modo que me llamó la atención el tamaño de los maíces y de las remolachas, y la carretera asfaltada, los tractores y el número de coches que circulaban; uno, dos, tres... ¡diez! Contaba y contaba. Cada cinco o diez minutos pasaba uno. Perdía la cuenta. Todo me resultaba nuevo y sorprendente. Empezaban a no servirme algunos de los consejos de mi padre. Por otra parte tenía que estar pendiente de mi bolsa de ropa, en cuyo exterior figuraba: A-14, de cruzar la calle y, sobre todo, de cómo relacionarme con los que iban a ser mis compañeros, los ribeños, un grupo muy numeroso. A éstos los veía más altos y pálidos, mientras que sobre el rostro de los cepedanos se apreciaban las huellas del sol veraniego. Los ribeños vestían con cierto gusto y armonía. Yo vestía con un pantalón de mahón corto y un jersey de lana que mi abuela primorosamente había tejido y cuyo color era irregular. Dijo mi madre después de teñirlo: “El tinte no agarró bien”.

Partimos todos juntos, pero en un autobús mejor, hacia La Bañeza. La azucarera, la iglesia de Santa María, las calles porticadas y, sobre un alto, el Seminario-Colegio San José. Lo veía enorme, blanco y majestuoso.

La comida del primer día: macarrones. Nunca los había visto. ¿Pincharlos, cortarlos, acaso cogerlos con la mano ...? ¿Cómo



**Diego, ganador del lanzamiento de azada**

comerlos? Recordaba la recomendación de mi padre: “No te apures p’ hacer las cosas, fijate en los demás; haz lo que vieres”. Y de ensalada, teníamos tomates con pepinos. Conocía los tomates, pero no me gustaban. Los pepinos me eran desconocidos; ¿a qué sabrán? Cabizbajo y por el raballo del ojo observaba la desenvoltura de los ribeños ante todo lo que para mí se presentaba novedoso. Después, ... a rezar. La capilla era angosta y alta, enorme. Las vidrieras se reflejaban sobre el interior. Un Cristo gigantesco, que me parecía deforme, flotaba al fondo. Los compañeros se sentaban, arrodillaban y se erguían, y todo ello con soltura.

Las sorpresas eran continuas; de manera meticulosa controlaba lenta y tardíamente mis movimientos. No quería equivocarme. Sólo deseaba ser como ellos, los ribeños.

A las diez de la noche, tras las preceptivas oraciones, nos indicaban que nos acostemos. Durante la tarde había hecho la cama como una y otra vez mi madre me había enseñado, a la vez que observaba cómo la cubrían los demás. Nada coincidía. Y yo quería ser como ellos; eran los listos, los mejor vestidos, los más resueltos, los más...

No soportaba desnudarme con la luz prendida y menos ante tanta gente. Y además, un cura desde el fondo del dormitorio parecía que veía a todos y, a la vez, sólo a mí. Me pongo el pijama e introduzco en la cama. ¡Una cama con dos sábanas! Nunca había dormido con pijama, ni en cama con dos sábanas, ni en colchón duro. Para no hacerme notar no me movía, ni me rasca, ni... Necesitaba desaparecer. Y me preguntaba: “¿Habré hecho todo como me indicó mi padre? ¿Habré caído bien a los curas? ¿Se habrán dado cuenta los ribeños de mis torpezas y sorpresas? ¿Algún día podré ser como ellos? Ya que ésta es la primera noche que duermo fuera de casa, ¿la Seri me habrá echado de menos?” La Seri era mi perrita. Con éstas y más preguntas me quedé dormido. El pijama, la doble sábana, el colchón duro y el apresto de la ropa a estrenar me hicieron creer que esa noche dormía en el cielo. Fue la primera noche que acunó un sueño sin lágrimas; era el rumor del Barbadiel que se diluía en el Órbigo.